

No os burle el porvenir con falso brillo,
El pasado sepulte lo que fué,
Trabajad, trabajad en el presente,
Que Dios da al corazón aliento y fe.

Grandes hombres ha habido, y en su historia
A ser grandes podemos aprender,
Y vestigios dejar de nuestro paso
Que nunca pueda el tiempo obscurecer;

Huellas que acaso servirán de guía
Y el perdido valor devolverán
Á algún hermano náufrago y errante
De la existencia en el revuelto mar.

¡Ánimo, pues, y varonil esfuerzo,
Ya sea la suerte próspera ó fatal!
Siempre avanzando, trabajando siempre,
Sepamos ser activos y esperar.



JORGE ISAACS

Isaacs es un poeta de imaginación oriental, lo que hace que á veces sus producciones sean un tanto nebulosas. Su obra *Maria* es la novela colombiana más conocida fuera del país y ha sido traducida al inglés y al francés. Isaacs nació en Cali, Departamento del Cauca, en 1837, y murió en Ibagué en Abril de 1895.

RÍO MORO

Tu incesante rumor vine escuchando
Desde la cumbre de lejana sierra;
Los ecos de los montes repetían
Tu trueno en sus recónditas cavernas.
Juzgué por ellos tu raudal, fingíme
Tras vaporoso velo tu belleza,
Y ya sobre tu espuma suspendido,
Gozo en ahogar mi voz en tu bramido.

¡ Qué mísera ficción ! Quizá en mis sueños
He recorrido tus hermosas playas,
En esas horas en que el cuerpo muere
Y adora á Dios en su creación el alma ;

Que sólo dejan en la mente débil
Pálidas tintas y memorias vagas ;
Pero te encuentro grande y majestuoso,
Rey ponderado del desierto hermoso.

Bajo el techo de musgos y de pancas,
Abrigo del viajero solitario,
El rudo y fatigoso movimiento
De tus ondas veloces contemplando,
Del fondo de las selvas me traían
Las auras tus perfumes ignorados,
Mezcla del azahar y del canelo,
Gratos aromas de mi patrio suelo.

Entonces una lágrima rebelde
Humedeció mi pálida mejilla,
Dulce como esas que á los ojos piden
Caros recuerdos de felices días :
Elocuente, si hay lágrimas que encierren
La historia dolorosa de una vida ;
Aquí llevóla indiferente el río,
Murió como las gotas de rocío.

Eres hermoso en tu furor : del monte
Lanzado en tu carrera tortuosa,
Vas sacudiendo la melena cana
Que los peñascos de granito azota ;
Y detenido, de coraje tiemblas,
Columpiando al pasar la selva añosa.
Las nieblas del abismo son tu aliento,
Que en leves copos despedaza el viento.

¿ De dó vienes así desconocido
Con tu lujo y misterios ? ¿ Gente indiana
Hacia el Oriente tus orillas puebla
En verdes bosques y llanuras vastas,
Cuyo límite azul borran las nubes
Que en el confín del horizonte vagan ?
Dime, ¿ esas tribus que do naces moran,
Viven felices ó miseria lloran ?

Pienso que á orillas del raudal velado
Por grupos de jazmines y palmeras,
Púdica virgen de esmeraldas ciñe
Su negra y abundante cabellera ;
Y acaso el homicidio sangre humana
Á los cristales de tus linfas mezcla,
Y al odio y al amor indiferente
Confunde sus despojos tu corriente.

Vi al pescador de los lejanos valles
Tus peñas escalando silencioso,
La guarida buscando de la nutria
Y el pez luciente con escamas de oro ;
Contóme azañas de su vida errante
Sentado de mi hoguera sobre el tronco ;
Le ví dormir el sueño de la cuna,
Y envidié su inocencia y su fortuna.

La fúnebre viragua (1) repetía
Sus trinos que saludan al invierno,
Y luces de topacio y de diamante
Te daba del relámpago el reflejo :

(1) Ave de canto triste.

En las cavernas tu rumor ahogando
Tristes gemidos modulaba el viento :
Así admiré tu pompa y hermosura
Entre las sombras de la noche oscura.

Viajero de regiones ignoradas
¡ Ay ! ni una sola de tus ondas crespas
A encontrar volveré, ni de mis pasos
En tus orillas durará la huella.
Más celosa que el tiempo que convierte
Ricas ciudades en llanuras yermas,
Guarda natura su secreto al hombre
Y do escribirle osó, borra su nombre.

Como burbujas en tu manto llevas,
Irán los soles sobre ti pasando,
Y te hallarán los de futuros siglos
Como hoy undoso, transparente y raudó.
No existirá ni la ceniza entonces
De mí, que rey de la creación me llamo,
Y si guarda mi nombre el mármol frío,
Lo hollará con desdén el hombre impío.

Más felices las flores de tu orilla
Nacen, al aire su perfume exhalan,
Marchitas ya, se mecen en la espuma,
Y mil, más bellas, sus cupullos rasgan ;
Más felices tus ondas, al Oceano
Van á gémir en extranjerías playas ;
Y yo con mi ambición pobre y proscrito,
De mi raza (1) infeliz purgo el delito.

(1) La raza judaica.

JOAQUÍN GONZÁLEZ CAMARGO

D. Juan Valera califica á González Camargo en estos términos : « Sus versos *Viaje de la luz* son *becqueristas* ; pero, ¡ yo no sé ! me siento inclinado á decir que me gustan más que los mejores de Bécquer y de Heine. » Y después de insertar la composición en una de sus *Cartas Americanas*, agrega : « Ahora que acabo de copiar los versos del señor Camargo, comprendiéndolos bien, no vacilo ni dudo. Digo, parodiando al Duque de Rivas, que, en esta ocasión,

No el padre guardián, el lego
Tuvo la revelación.

El discípulo Camargo se adelanta aquí á sus dos maestros, al español y al alemán, y hace una linda poesía, sobria de palabras, rica de pensamientos, llena de imágenes y de galanura. » Insertamos además otra composición suya, *Estudiando*, que no es inferior á la primera y que revela una delicada sensibilidad. Lo más raro del caso, es que González Camargo, que no alcanzó siquiera á terminar sus estudios de medicina, hizo muy pocos ó ningunos de literatura ; de modo que su inspiración es enteramente natural y espontánea. González Camargo nació en Sogamoso, Departamento de Boyacá, el 15 de Enero de 1865, y murió en Zipaquirá el 9 de Diciembre de 1886.



VIAJE DE LA LUZ

Empieza el sueño á acariciar mis sienes:
Vapor de adormideras en mi estancia:
Los informes recuerdos en la sombra
Cruzan como fantasmas.

Por la angosta rendija de la puerta
Rayo furtivo de la luna avanza,
Ilumina los átomos del aire,
Se detiene en mis armas.

Se cerraron mis ojos, y la mente,
Entre los sueños, á lo ignoto se alza;
Meciéndose en los rayos de la luna
Da formas á la nada.

Y ve surgir las ondulantes costas,
Las eminencias de celeste Atlántida,
Donde viven los genios, y se anida
Del porvenir el águila.

Allá rima la luz, y el canto alumbra,
Aire de eternidad alienta el alma,
Y los poetas del futuro templan
Las cristalinas arpas.

JOAQUÍN GONZÁLEZ CAMARGO.

327

Auroras boreales de los siglos
Allá se encuentran recogida el ala;
Como una antelia vese el pensamiento
Que gigantesco se alza.

Allá los Prometeos sin cadenas,
Y de Jacob la luminosa escala;
Allá la fruta del Edén perdida,
La que el saber entraña.

Y el libro apocalíptico sin sellos
Suelta á la luz sus misteriosas páginas,
Y el Tabor del espíritu, su cima
De entre la niebla saca.

Y allí el Horeb de donde brota puro
El casto amor que con lo eterno acaba;
Allá está el ideal, allá boguemos:
Dad impulso á la barca.

Despertéme azorado... ¿y ese mundo?
Para volar á él ¿en dónde hay alas?
Interrogué á las sombras del pasado,
Y las sombras callaban.

Pero el rayo de luna ya subía
Del viejo estante á las polvosas tablas,
Y lamiendo los lomos de los libros,
En sus títulos de oro se miraba.





ESTUDIANDO

En la sala anatómica desierta,
Desnudo y casto de belleza rara,
El cuerpo yace de la virgen muerta,
Como Venus tendida sobre el ara.

Lánguido apoya la gentil cabeza
Del duro mármol en la plancha lisa,
Entreabiertos los ojos con tristeza,
En los labios cuajada una sonrisa.

Y desprendida de la sien severa,
Del hombro haciendo torneado lecho,
Viene á cubrir la suelta cabellera
Las ya rígidas combas de su pecho.

Más que muerta, dormida me parece;
Pero hay en ella contracción de frío;
Es que al morir, el cuerpo se estremece
Cuando siente el contacto del vacío.

Mas yo que he sido de la ciencia avaro,
Que busco siempre la verdad desnuda,
A estudiar aquel libro me preparo,
Interrogando á la materia muda.

Al cadáver me acerco : en la mejilla
Brilla y tiembla una lágrima luciente;
¡ Un cadáver que llora !... Mi cuchilla
No romperá su corazón doliente.

Del estudio me olvido, y me conmueve
Tanto esa gota silenciosa y yerta,
Que los raudales de mi llanto en breve
Se juntan con el llanto de la muerta.



RAFAEL TAMAYO

Su valiente oda *Al trabajo* fué premiada en público certamen, en el concurso poético que sobre ese tema abrió el Gobierno nacional en 1881. Tamayo, uniendo el ejemplo al precepto, vive consagrado al trabajo, y no hace versos sino en sus horas de solaz. Nació en Bogotá el 2 de Marzo de 1851, de padres oriundos del Departamento de Antioquia.

AL TRABAJO

Mirad la augusta selva : el éter puro
Con sus ramajes seculares hiende,
Y de su fondo en el recinto oscuro
La enredadera su follaje extiende.
Bajo los densos toldos de verdura
Rueda sus turbias ondas fragoroso,
Rompiéndose al correr contra las peñas,
Indómito torrente, y hondas breñas
En sus lóbregos antros lo reciben ;
Y en medio la espesura
Sin trabas, ni señor, ni leyes, viven
Los salvajes monarcas de los bosques,

Del rey de la natura
 Temidos por su fuerza y su bravura.
 No penetran del sol los limpios rayos
 El tupido dosel; y eterna sombra
 La flor envuelve que con tintes gayos
 No alza arrogante su corola al cielo,
 Y mustia y sin olor se inclina al suelo
 Que cubre espesa, enmarañada alfombra.

Hora mirad: al golpe del acero
 Los centenarios troncos se estremecen
 Y el campo cubren con su inmensa mole;
 El tigre carnicero
 Huye al mirar por extranjera planta
 Su misterioso asilo profanado;
 El sol que en el Oriente se levanta,
 Sobre la parda alfombra brilla puro;
 Las sombras dejan el recinto oscuro;
 Y la antes mustia frente,
 Del astro rey al cariñoso rayo
 Yergue la flor que del festivo Mayo
 Al amoroso ambiente
 Al aire libre se desvuelve y crece,
 Y al aura inquieta sus estambres mece.

La labor de las hachas viene luego
 El devorante fuego
 Activo á completar: al cielo sube
 De humo espeso vagarosa nube;
 Centellas lanza el abrasado tronco,
 Antes columna de la selva oscura;
 Y en la feraz llanura

Que en la extensión abierta se dilata,
 Se ve rodar el mugidor torrente,
 En cuyas crespas ondas se retrata
 Del vivo sol el rayo refulgente
 Y de la luna el resplandor de plata.

Después vendrá el arado, las entrañas
 De la tierra á romper: lindas cabañas
 Al aire elevarán su frágil techo;
 Y en los estivos meses
 Con gentil susurrar, el vago viento
 En blando juego doblará las mieses.
 El rápido torrente sus furores
 Y su vital aliento
 Al hombre rendirá, y en su camino
 Hará girar la rueda del molino,
 Ó regará la tierra en los calores
 Del sufocante, agobiador verano.
 Del labrador la encallecida mano
 Los frutos cogerá que en los racimos,
 Cual justo galardón á sus sudores,
 Le brindará naturaleza opimos;
 Y á la ambición y á la codicia ajena
 Su quieta vida correrá serena,
 Como callada fuente entre las flores.

¿A quién prodigio tal, á quién se debe
 Tan benéfico cambio? ¿Los portentos
 Quién realizó de transformar la selva
 En campo cultivado, cuyas galas
 Con cariñosas alas
 En trémulo vaivén doblan los vientos?

El genio del Trabajo; su alto influjo
 En provechosos dones cambia el lujo
 Con que vistió la próspera natura
 La secular montaña;
 El Trabajo, potencia que encadena
 Las fuerzas de los libres elementos;
 Que cambia la llanura
 En alegres y ricas heredades;
 La selva de los siglos respetada
 En bulliciosos pueblos y ciudades,
 Y en risueños y plácidos recintos
 Sus misteriosos densos laberintos.

Nada en el mundo á su poder resiste,
 Nada á su empuje colosal: él viste
 De edificios flotantes
 Del vasto mar las procelosas ondas;
 Y de flores fragantes
 La campiña feraz y espigas blondas;
 Y hienden á su esfuerzo
 Las aéreas regiones del espacio,
 Con agudas almenas el palacio,
 Y con sus techos de livianas cañas
 Del labrador sencillo las cabañas.

Monstruos formó que la ancha faz del mundo
 Veloces surcan con potente aliento,
 Y que aligeros más que el raudo viento,
 Á impulso del vapor llevan doquiera
 Los variados productos con que inunda
 Activa industria la terrena esfera.
 Una mano fecunda

Que millares de copias produjera
 Del fugaz pensamiento el alma quiso,
 De ansia noble de elevar su vuelo
 Y de su imperio dilatar sedienta;
 Y el Trabajo tenaz creó la imprenta.

Rasga el Trabajo con divina antorcha
 Las densas nieblas de la mente humana,
 Y con las nobles dotes del ingenio
 Benigno la engalana,
 Y la hace de las ciencias y las artes
 Egregia soberana.
 Él de Colón el poderoso genio
 Impulsó á que trazara en blanca estela
 Con la quilla de frágil carabela
 De la ignorada América el camino,
 Sobre el cristal enantes no empañado,
 De misteriosos mares;
 Y dióle la constancia,
 Para lanzarse tras ignota zona,
 Por móviles aliento y osadía,
 Por alas rizos de flotante lona;
 Y por premio á su esfuerzo y gallardía
 Y sin igual victoria,
 Le discernió la Historia
 De bienhechor del mundo la corona.

Calma el Trabajo el angustioso llanto
 Con que la faz del hombre artera inunda
 La desgracia cruel, y en las heridas
 Del roto corazón bálsamo santo
 Derrámale propicia

Con blanda mano la labor fecunda,
 La sudorosa frente
 Que á su yugo se rinde, no se abate :
 No ; que antes bien, altiva se levanta,
 Y sobre ella el letargo
 Ó el fastidio indolente
 Nunca sus alas perezosas bate.
 Á la insegura planta
 Que en la insidiosa senda de los vicios
 Llega á posarse, con potente mano
 Benéfico el Trabajo la desvía ;
 Y á la región de la virtud excelsa
 Do brilla puro de verdad el día,
 Lleva al mortal que en su poder confía.

Fácil conquista al ambicioso ofrece
 La postrada nación que en la indolencia
 Y en ocio blando y en miseria yace,
 Y fácil presa de sus hijos hace
 El despotismo audaz ; no á sus furiosos
 En cambio cede quien el fuerte brazo
 Acostumbró desde la tierna infancia
 Del obrador ó el campo á las labores ;
 No, que jamás al ominoso yugo
 De extranjera legión la altiva frente,
 Do brilla de los bravos la arrogancia,
 Cobarde rendirá : arde en su mente
 De libertad la sacrosanta llama,
 Y altanero señor en la impotencia
 Se verá de abatir su independencia
 Y de apagar el fuego
 Que su alto pecho poderoso inflama.

¡ Oh Santa Providencia !
 Tú, que colmas de encanto y de alegría
 Cuanto creó tu bondadosa mano,
 Y das al claro día
 Su mágico esplendor, al oceano
 Sus turbias ondas, misterioso arcano
 Al corazón del hombre, y del destino
 Llevaderos hiciste
 El amargo pesar y la agonía,
 Cuando la sabia ley nos impusiste
 Del bienhechor Trabajo, que la vida
 De almo consuelo y de esperanzas llena,
 Haz á la patria mía
 En alas del Trabajo, á las regiones
 Del progreso volar : sus altos dones
 Prenda de paz y venturanza sean.
 Caigan también sus gratas bendiciones
 Sobre mi humilde frente ;
 Luzca en ella el sudor con que á los buenos
 Ganar mandaste el terrenal sustento ;
 En incesante brío
 Haz que jamás desmaye, ni indolente
 Ante el cansancio ceje el brazo mío ;
 Y cuando llegue para mí el momento
 De recibir el eternal salario,
 Grabe una mano amiga
 En la sencilla losa
 Que cubra mi sepulcro solitario,
 Una inscripción que al caminante diga :
 Al fin aquí de su labor reposa ;
 Cumplió en el mundo su mortal tarea :
 Blanda la tierra á sus cenizas sea.



LA ESPUMA

Nació al arrullo que jugando forma
Entre peñascos cristalina fuente ;
Temblorosa un instante en la corriente,
Mecida por los céfiros bogó.
La tibia luz de la naciente aurora
En mil colores se trocó al mirarla ;
Á su paso, la flor al saludarla
El perfumado cáliz inclinó.

Quiso jugar con ella el cierzo leve
Enamorado de sus ricas galas,
Y al tocarla no más con tenues alas
Su efímera existencia arrebató.
Así la dicha fué que el alma mía
Creyó gozar un rápido momento ;
Que al tocarla del mundo el vago viento
Cual la espuma fugaz se dispó.



ANTONIO GÓMEZ RESTREPO

En el Prólogo de un tomo de poesías que con el título de *Ecos perdidos* publicó Gómez Restrepo en París, dice D. Rufino J. Cuervo : « Cuando en 1890 publicó *La Nación* de Bogotá la poesía titulada *Amor supremo*, la leímos en casa con tanto deleite que, al reproducirla en un periódico de París, anunciábamos que sería aplaudida de los conoedores por la armonía de la versificación, la nitidez del lenguaje y lo profundo del sentimiento, y lamentábamos que fuera parte del plan de la composición ocultar su nombre el autor, porque el del verdadero poeta de todos ha de ser conocido. » Superfluo sería lo que nosotros agregásemos á tan autorizada opinión. Gómez Restrepo, que desempeña actualmente el puesto de secretario de la Legación de Colombia en Madrid, nació en Bogotá el 13 de Enero de 1869.

AMOR SUPREMO

¿ No has visto, amiga mía,
La lamparilla que ante el ara enciende
La fe cristiana y pía,
Que huye los rayos fúlgidos del día
Y entre las sombras de la noche espande ?
Apacible y modesta,